

# EL SOMBRERITO

POR CONSTANCIO C. VIGIL



BIBLIOTECA INFANTIL ATLANTIDA





comp. a H. D'elia 10.99  
3-II-51-  
Obras de Constancio C. Vigil

*El Erial.* — 23ª edición en castellano.

*Las Enseñanzas de Jesús.* — Con las debidas licencias. 2ª edición.

*Reflexiones Cristianas.* — 2ª edición.

*Las Verdades Ocultas.* — 4ª edición.

*La Educación del Hijo.* — 7ª edición.

*Amar es Vivir.* — 5ª edición.

*Vidas que Pasan.* — 3ª edición.

*El Hombre y los Animales.* — 3ª edición.

*El Maíz, Fabuloso Tesoro.* — 2ª edición ilustrada.

#### PARA LOS NIÑOS

*¡Upa!* — Libro con método original del autor para aprender a leer. 16ª edición.

*La Escuela de la Señorita Susana.* — Primer libro de lectura. 12ª edición.

*Compañero.* — Lecturas para niños de 8 a 10 años. 11ª edición.

*Mangocho.* — Relato de la vida infantil del autor, quien se identifica con los demás niños. 10ª edición.

*Marta y Jorge.* — 20ª edición.

*Alma Nueva.* — Lecturas adecuadas para la niñez y la juventud. 9ª edición.

*Cartas a Gente Menuda.* — Conjunto de cartas muy breves, con bellas ilustraciones en colores, que ningún niño, ninguna niña, dejarán de leer con encanto y provecho positivo.

*Vida Espiritual.* — Es un manual para la dignificación del niño, dividido en 5 tomitos independientes entre sí, del cual se agotan continuamente copiosas ediciones.

*Cuentos.* — Son 22 los cuentos de Constancio C. Vigil, tan ávidamente leídos por los niños de América, y están editados como el presente en otros tantos volúmenes, cuya lista completa se halla en la contratapa de este libro.

Lista de precios a disposición de quien la solicite a:  
Editorial Atlántida, Florida 643, Buenos Aires.

# EL SOMBRERITO

POR

1949  
CONSTANCIO C. VIGIL

C. 101332

3a. Edición de 25.000 ejemplares

AP27A.75 UH6  
EDITORIAL ATLANTIDA  
BUENOS AIRES

Ilustraciones de Federico Ribas.



ESTÁ TERCERA EDICIÓN DE

**EL SOMBRERITO**

SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLERES  
DE LA EDITORIAL ATLÁNTIDA,  
EN EL MES DE JULIO DE 1949.



**EDICIONES DE ESTE LIBRO**

1º Diciembre 1943 de 10 mil ejemplares.  
2º Enero 1946 de 15 mil ejemplares y  
esta 3ª de 25 mil ejemplares.

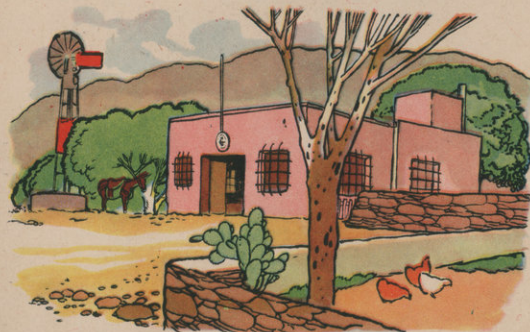
Derechos reservados  
Hecho el depósito que marca la Ley.  
Printed in Argentina

## EL SOMBRERITO

**L**A Escuela de El Sombrerito" era una humilde escuelita rural, casi olvidada por las autoridades. Los alumnos venían hasta ella andando unos con los pies desnudos por los caminos pedregosos; montados otros hasta de a dos y de a tres juntos en un burrito o en un caballo muy viejo.

Había escasez de bancos, por lo cual algunos niños se sentaban en el suelo; faltaban libros y cuadernos; sólo se disponía para escribir de unas pocas pizarras, deterioradas por el uso.

Pero Dios misericordioso le dió a aquella escuelita una maes-



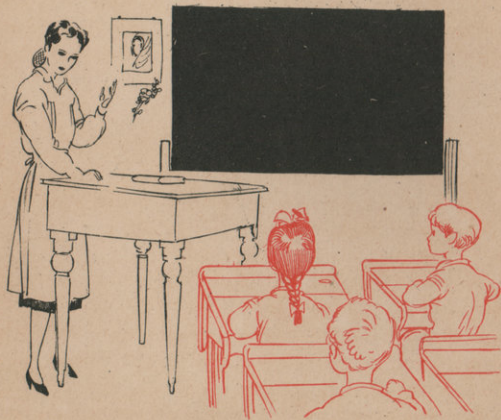


tra ejemplar, la señorita Lucía, que desempeñaba su apostolado con sublime abnegación.

Cuando ella tocaba la campana para llamar a clase, los pájaros cantaban de alegría; cuando empezaba las lecciones, salía el Sol, aunque fuese un ratito nada más, y de noche, las estrellas se asomaban por el techo de paja de su rancho para mirarla dormida.

**L**AS clases de esta maestra inolvidable consistían muchas veces en un cuento.

Para enseñar a sus alumnos a ser activos, industriosos y perseverantes, les decía el cuento de Fermín y la Cabra, que es así:



**N**o pasaba un día y a veces una hora sin que en la casa de Fermín alguien dijera:

—¡Si tuviéramos una cabra!

La verdad es que aquella familia la necesitaba. Para traer leche de vaca era preciso ir muy lejos. Con una cabra, que se alimenta con facilidad en el campo, habría leche siquiera para el más pequeño de los hermanitos de Fermín, que estaba bastante débil.

Fermín tenía doce años y amaba tiernamente a sus padres.

—Oye — le dijo una noche su buena madre: — ya tenemos





la cesta llena de huevos. Levántate mañana muy temprano, que has de venderlos al mejor precio posible.

—Así lo haré, madre mía — contestó él; — pero no te aflijas si regreso tarde, pues quizá vaya también a visitar al tío José.

Fermín tenía hecho su plan y tanto le preocupaba que aquella noche le costó dormirse.

**T**EMPRANITO salió el muchacho con la cesta de huevos dirigiéndose hacia el pueblo más próximo. Después de caminar como dos horas se detuvo ante una casa en la que vió un gran conejo blanco, de largo y sedoso pelo. A una señora que parecía la dueña le preguntó:

—¿No querría usted cambiarme ese conejo por los huevos que llevo para vender?

—Lo haré gustosa — contestó la señora, — y te aseguro que haces un buen negocio.

Entregó Fermín el contenido de la cesta, recibió en pago el conejo y prosiguió la marcha. Un rato después se dijo:

—“Hermoso es el conejo, pero me gustaría cambiarlo por dos de esos patitos tan lindos que allí veo”.

Esperó al dueño de los patos y le propuso el trueque:

—Me conviene — le contestó. — Tengo una coneja de







esta misma raza y por el tuyo te entregaré dos patitos. Te advierto que son de raza Pekín.

Con los dos patitos anduvo hasta que descubrió un hermoso conjunto de gallos y gallinas. Llamó al dueño y le propuso el cambio de los patitos por un gallo.

—Negocio hecho — dijo el hombre. — Tengo gallos de sobra para mis gallinas, y me encantan tus patitos.

Andando, andando, vió unas palomas romanas muy grandes, blancas como la nieve, con las patitas rojas.

La dueña de las palomas, después de mirar al gallo, le preguntó a Fermín por cuánto se lo vendía, y Fermín le contestó:

—Por un casal de sus palomas.

—¡Trato hecho! — exclamó la señora. — ¡Este es el gallo que yo necesitaba!







Y salió de allí Fermín lleno de gozo con el casal de palomas, al cual cambió por un casal de preciosos canarios, que le entregaron en una pequeña jaula.

Poco después, una señora lo detuvo para preguntarle cuánto pedía por aquellos canarios.

—Preferiría cambiarlos — le contestó Fermín — por algún otro animal.

La señora le dijo:

—Tengo un gatito de Angora, que puedes venderlo a muy buen precio. Entra a verlo.

El trato era conveniente. Entregó Fermín los canarios y se llevó el gatito.

Al gatito lo cambió por un hermoso perrito de fina raza que, sin duda, valía más.

No tardó en detenerlo otra señora. Aquel perrito le gustaba sobremedida. Lo elogió, lo acarició, y al cabo le propuso





en pago una cacatúa Bandera Española, de Australia. Tenía en el gran copete, de puntas blancas, dos bandas encarnadas y una amarilla en el medio. El plumaje era blanco y sonrosado.

El cambio resultaba favorable, y más aún con la jaula en que se le entregaba. No vaciló nuestro amigo y salió de allí contento de poseer aquel animal precioso. Un hombre le preguntó:

—¿Quieres venderlo?

—Deseo cambiarlo — dijo el muchacho. — Y, si fuera posible, por una cabra.

—¿Una cabra? ¿Eso es lo que quieres? Tengo una que ya no la necesito y con placer te la daré.

—¿Da mucha leche? — preguntó Fermín.

—Da mucha leche; es muy linda, y tiene un cabrito blanco. Sígueme y la verás.

Entró el niño en la casa, y quedó maravillado. Aquella era la cabra con que soñaba su madre.

—Te la cambio — dijo el hombre — porque mi hijo toma ahora leche de vaca. Deja, pues, tu cacatúa y llévate la cabra con su cabrito.

Al acercarse a su casa, Fermín iba despacio, vencido por la fatiga; pero su corazón rebotaba de alegría.

Lejos aún, lo divisó la madre, pues lo aguardaba ansiosa. Al verlo, creyó soñar. Primero venía Fermín, después, la cabra, luego el cabrito blanco, saltando y haciendo piruetas como un pequeño payaso.

—¿De dónde has sacado esto? — le preguntó en cuanto estuvo a su lado.

—De la cesta de huevos — contestó Fermín.

Refirió entonces sus andanzas y sus cambios, mientras los ojos de la madre se llenaban de lágrimas.

Y cuando acabó el relato sólo atinó ella a besarlo muchas veces repitiendo:

—¡Hijo mío!... ¡Hijito mío de mi alma!...





**P**ARA que comprendieran los beneficios que recibimos de los libros, la señorita Lucía les contaba el cuento de El Gordito, que es así:

**E**MILIO escribe una composición para la escuela. La maestra ha prometido un premio al que la haga sin un error de ortografía.

Emilio ha escrito:

"El automóvil levantaba una gran..."

Y se ha detenido, porque no sabe si se escribe "polvareda" o "polvadera". Está sentado en el escritorio, frente a la biblioteca.

Vuelve a leer:

"El automóvil levantaba una gran..."

"¡Qué desgracia! — piensa Emilio. — ¡No saber cómo se escribe esta palabra! Si le pregunto a papá, no mereceré de verdad el premio, pues tendría que engañar a la maestra y decirle que la escribí sin preguntárselo".

Pasa el tiempo; no podrá terminar la composición, y se aflige mucho, mientras repite:

"El automóvil levantaba una gran..."

De pronto oye una voccecita aguda y algo chillona que sale de la biblioteca.



"¿Qué bichito se habrá metido ahí? — se dice. — ¿Será un ratón?"

Pero la duda fué breve. Alguien salta hasta la mesa desde un estante de libros, y exclama alegremente:

—¡Buen día!

Pasado el susto del primer momento, mira Emilio a aquella personita rozagante y vivaracha, bastante gorda por cierto, y con voz algo temblona le pregunta:

—¿Quién eres?

—Un amigo tuyo que viene a saludarte.

—¿Amigo mío? ¿Tú has jugado conmigo?... ¿Vas a mi escuela?

—Uno de los tantos amigos que tenemos y no los apreciamos como es debido.

—Explicate mejor, pues te aseguro que sólo veo que eres un libro más gordo que los otros, y nada más.

—Yo, en cambio, noto que tu composición está muy linda; pero, si no te ayudo, el premio se te escapa de las manos.

—¿Tú, ayudarme?

—¡Claro que sí!

Vuelve Emilio a mirarlo con viva atención, y dice:

—¡Parece mentira que puedas ayudarme!

—Te oía desde mi sitio repetir: "El automóvil levantaba una gran...", y me puse a reír a carcajadas. Después pensé:



Este pobre niño ignora que estoy aquí; es menester que me presente yo mismo.

—¿Pobre niño has dicho?

—Naturalmente. El más pobre del mundo es el que sabe menos.

—Pues si sabes cómo se escribe eso, ¡dímelo!

—Con mucho gusto. Abreme en la letra "P", y busca la palabra que deseas.

Emilio se pone de pie, hace lo indicado, y encuentra: "Polvareda: cantidad de polvo que se levanta de la tierra".

—¡Polvareda! — exclama, y sin perder un segundo escribe



la palabra en su composición. Luego, dice: — Muchas gracias. Ahora ya tengo asegurado el premio.

—¡No me parece! — observa el nuevo amigo. — Has escrito "Almoada". Abreme en la letra "A" y busca esa palabra.

La busca Emilio, y ve que almohada se escribe con h.

—Todavía hay otro error: Has escrito "Inseto" en vez de "Insecto". Falta una "c" antes de la "t".

—¡Tan chico que eres y sabes todo eso! — dice Emilio.

—Hay libros mucho más pequeños y de inmenso valer.

—¿Podrías explicarme unas palabras que dijo ayer la maestra y no entendí?





—Seguramente.

—Dijo escabel y opíparo. ¡Fíjate qué palabras más difíciles! Escabel, ¿eh?; no cascabel. Opíparo; no ovíparo.

—Comprendido. Escabel es el banquito en que apoya los pies el que está sentado. Opíparo significa abundante. Por ejemplo: opíparo banquete, quiere decir: un banquete en el que hay muchos manjares.

—Es que no sé tampoco qué son “manjares”.

—Manjares son las cosas que sirven para que las comamos.

—¿Sabrás, también, lo que significa “Chato”? A un niño de mi escuela le dicen así.

—Significa que tiene la nariz chica y aplastada.

—¡Cierto! Casi no se le ve.

—Puedo decirte todas las palabras que empiezan con A, y el significado de cada una; las que empiezan con B, o con la letra que tú elijas. Hay palabras muy largas, como “notabilísimamente”, que tiene ocho sílabas, y otras tan pequeñas como “té” y “fe”.

—¿Sabes muchas palabras?



—Más de setenta mil, y el significado de cada una. Puedo enseñarte palabras que se leen lo mismo si se empieza por la primera letra o por la última. Fíjate: Ananá, Neuquén, Yatay, Reconocer. Y también hay palabras que se pueden escribir bien de dos maneras como chaira y cheira, bienteveo y benteveo, cocodrilo y cocodriilo, chicharra y cigarra.

—¡Qué lindo ser tu amigo!

—Pues lo eres. Estoy allí en el estante. Cuando me necesites, búscame.

—¡Gracias! Te agradecería que me explicaras una palabra muy rara, que leí en el diario.

—¿Cuál es?

—Munisidática.

—No la digas así, pues se reirán de ti. Se dice “Numismática”, que es la ciencia que estudia las monedas y las medallas.

—¡Gracias! ¡Qué bueno eres!

—Estoy siempre a tus órdenes.

—¿Cómo te llaman?

—“Diccionario”, pero los compañeros de estante me dicen El Gordito. Puedes decirme así, si te parece mejor.

—El Gordito... No está mal. Me gusta ser tu amigo.

—Encantado. Ahora, vuélveme a mi sitio, termina tu trabajo y ¡ojalá ganes el premio que prometió tu maestra!







**P**ARA inculcarles el respeto a la ancianidad y a no burlarse de nadie, la señorita Lucía les contaba el cuento de El Vendedor de Gatitos, que es así:

**E**N el pequeño jardín de la señora Rosalía estaba echado al sol su gatito de Angora. Ella lo miraba a través de la celosía cuando vio que un niño llamado Alberto entró, se apoderó de su gatito y se lo llevó.

La señora Rosalía quedó tan sorprendida que ni siquiera atinó a detenerlo con un grito.

Pasadas las primeras impresiones, tomó la resolución de ir a la casa de Alberto para presentar su queja.

Pero antes de salir, llamaron a la puerta.

Era el mismo niño Alberto con el gatito.

Quizá volvía arrepentido para devolvérselo y pedirle perdón por su proceder. Alberto dijo:

—Vengo, señora, a ver si quería comprar este gatito.

Iba ya a contestarle lo que merecía, mas se contuvo.

Como era muy viejecita y usaba unos anteojos muy oscuros, se dispuso a hacerle creer que casi no veía.

—¿Y cuánto pides por él? — le preguntó.

—Por ser para usted se lo daré por ochenta centavos — contestó Alberto.







—Te lo compro, hijito, te lo compro, pues casualmente se ha escapado el mío.

Dando traspies, con los brazos abiertos para tantear las paredes, va en busca del dinero, mientras Alberto sonríe con esa larga y picaresca sonrisa de quien atrapa con su viveza a una infeliz. Le entregó, pues, el dinero y recibió su gatito.

Antes de una hora, la señora Rosalía informaba a la mamá de Alberto de lo que había ocurrido.

Al saber que su hijo era capaz de burlarse de la anciana se disgustó mucho aquella señora; pero las dos se pusieron de acuerdo para darle al atrevido una buena lección.



A los dos días desaparece nuevamente el gatito, y después llega Alberto con él.

—¿Quiere comprar un gatito?

—¿Gatito, dices?... ¿No será un conejo?

Alberto ríe como si le hicieran cosquillas.

—Es un gatito, señora; un gatito color gris.

—¡Mira qué casualidad!... Se me escapó el que te había comprado. ¿Cuánto pides por él?

—Se lo daré por un peso.

La señora Rosalía le entrega diez flamantes monedas de diez centavos cada una.



Alberto, muy ufano, entra corriendo en su casa e introduce las monedas en la alcancía, convencido de que la señora Rosalía está chocha y no ve nada.

Cuando Alberto se presenta por tercera vez para venderle su propio gatito, ella le dice:

—¿El señor viene a cobrar el alquiler de la casa?

—Soy el muchacho que vende gatos — le contesta Alberto.

—Aquí le traigo uno todo negro con las orejitas blancas.

—¡Una monada! — dice la anciana, acariciando al animalito. — ¿Y cuánto pides por él?

—Por éste pido dos pesos, porque es el más lindo de todos los que he vendido.

La señora Rosalía le entrega veinte monedas de diez centavos, que Alberto se apresura a introducir una tras otra en su alcancía.

Los negocios van bien. El descubrimiento de aquella compradora le hace sonreír de satisfacción. Debe faltarle ya poco dinero para poder adquirir el reloj que ambiciona.

La viejecita le compra todavía tres veces más el mismo gatito. No tiene más que agarrarlo en el jardín y presentarse después para venderlo. Parece cada vez más cegatona y más chocha.

Hasta que un día, cuando Alberto tocó el timbre de la puerta, la señora Rosalía salió y dijo:

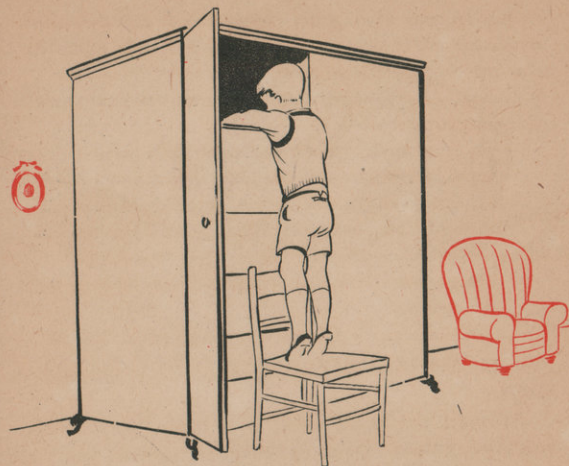
—No quiero sus naranjas. Las que me vendió ayer eran muy agrias.

—¡Señora! — exclamó Alberto sonriendo. — Yo no tengo naranjas; soy vendedor de gatitos y aquí le traigo uno que es el más lindo del mundo.

—No compro más gatitos — dice la viejecita. — Ahora prefiero un perro, para que me sirva de guardián. ¡Andan muchos ladrones por aquí! — agrega ella en tono sentencioso.

—Se lo doy en veinte centavos. Es un excelente cazador de ratones.

—¿Ratones, dices? Al ratón principal ya lo tengo en la



trampa. ¡No volverá a fastidiarme!

—Se lo regalo — dice Alberto, aturdido al oír tales palabras.

—Déjelo, ¡y que Dios lo ayude! — exclama la señora Rosalía sonriendo a su turno.

Se va Alberto preocupado. ¡Se le acabaron aquellos lindos negocios! Y está intranquilo, además, pues eso de los ladrones y del ratón principal puede ser cosa muy seria.

Entra en su casa y se dirige hacia el ropero en cuyo estante más alto guarda su alcancía.

En vez del banquito, al que subía habitualmente para introducir las monedas, tréparse en una silla, pues se propone apreciar su fortuna por el peso de la alcancía. Pero al tomarla con sus manos, la sorpresa casi lo hace caer. La alcancía pesa menos que nunca. Baja con ella, se sienta en el suelo y empieza





a sacudirla con todas sus fuerzas, sin oír el más leve ruido de monedas.

La madre está en un rincón de la misma pieza revisando unas ropas, y parece que no ha notado su presencia; pero como continúan aquellas terribles sacudidas a la alcancía, le pregunta:

—¿Qué te pasa, hijo?... ¿Te has enloquecido?

Alberto, con los ojos llenos de lágrimas, sólo contesta moviendo hacia todos lados la alcancía.

La madre, entonces, le entrega la llavecita para que pueda abrirla.

Alberto la abre y ve que todas sus monedas se han convertido en papelitos.

En los papelitos lee: "80 centavos para un gatito". "Un peso para un gatito". "Dos pesos para un gatito"...

—Ya ves — dice la madre — que la señora Rosalía no es ciega ni está chocha como creíste.

—¿Y mi dinero, madre? ¿Dónde está mi dinero?

—Volví a manos de su dueña, pero a ti te ha servido para comprar una enseñanza que recordarás toda la vida. ¡Así te ocurrirá siempre que quieras engañar a los demás!... ¡Tú serás el engañado!

**P**ARA que comprendieran que los animales son merecedores de buen trato y capaces de gratitud y de amistad la señorita Lucía les relataba el cuento de El León Ciego, que es así:

**H**ABÍA en el Jardín Zoológico un león ciego.

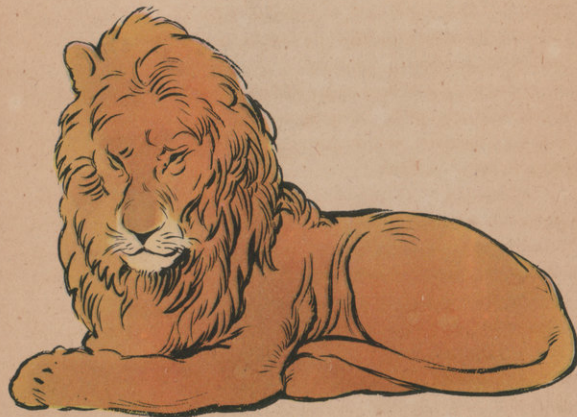
Ocurrió que cierto día, al aproximarse un anciano a la jaula, el león se incorporó, levantó la cabeza, aspiró reciamente el aire con las narices dilatadas y sacudió la soberbia melena, que era cuanto le quedaba de su antiguo poderío.

El anciano dijo:

—¡César!

Al oír su voz, el león se acercó y metió el hocico entre los barrotes.

—¡César! — repitió el hombre con voz ronca y temblo-





rosá, mientras ponía una mano sobre la cabeza del león.

Poco después, el anciano se hallaba en el despacho del director del Jardín Zoológico, al cual le dijo:

—Fui cazador en Africa y a ese león lo traje a Europa, con otros más, para venderlo; fué el último del que me separé, el que vendí más caro, y, así y todo, lo hice con pena. César me demostró siempre especial cariño. Supe más tarde que, ya ciego, había sido donado a este Jardín. De paso por aquí sentí el deseo de verlo; pero no imaginé que después de tantos años me reconociera, como si sólo hubiese pasado un día... Yo le propongo un buen negocio: por un león joven y sano, usted me entregará el ciego.

—Es conveniente su propuesta — contestó el director, — pues ese animal entristece a los visitantes; pero dígame: ¿qué piensa hacer con él?

—Dentro de poco iré al Africa y aprovecharé este viaje para llevar a César — repuso el antiguo cazador. — Quiero que pase sus últimos años libre en donde nació, quiero devolverle algo de lo mucho que le quité.

—Juzgo, señor, que su propósito es noble, pero absurdo — dijo el director. — Un león ciego en libertad se morirá seguramente de hambre. Imposible que pueda alimentarse y defenderse de las otras fieras.

—No lo creo — replicó el anciano. — César sufrirá al principio algunas privaciones, mas no tardará mucho en orientarse y habituarse a la vida natural. El olfato y el oído le bastarán. Para hallar agua no necesitará los ojos; cazar le será difícil, pero compartirá por las buenas o las malas la presa de otros carniceros, aunque estoy seguro de que cuando comprendan su desgracia lo ayudarán. Hemos encontrado animales completamente ciegos en libertad, y su estado de nutrición no era tan deficiente como puede suponerse. En los primeros días colocaré a su alcance el alimento necesario, hasta que haga amistad con otros leones y pueda proporcionárselo por sí mismo.





**M**eses después llegaba el antiguo cazador con un grupo de negros y la jaula en que iba César a una llanura de Africa, en la que abundaban los leones.

Ordenó que se retiraran los acompañantes, abrió la jaula y llamó a César.

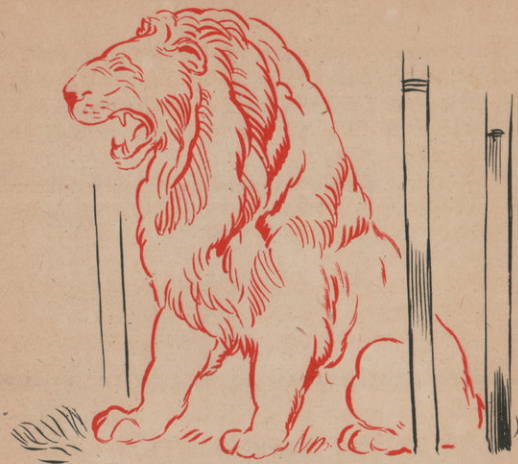
El león salió y se detuvo, con la cabeza en alto, aspirando el aire con fruición, a pequeños sorbos, mientras abría y cerraba los ojos, como si hiciera esfuerzos para ver.

El anciano dijo:

—Estás en tu patria. Aquí encontrarás cuanto perdiste. Irás adonde te plazca. ¡Vete!... ¡Eres libre!...

Pero César no se movía. Un temblor convulsivo estremeció su cuerpo.

El cazador colgó en la jaula grandes pedazos de carne y se retiró hacia donde estaban sus acompañantes. Al volverse, después de andar un trecho, vió que César lo seguía.



Repitió muchas veces la misma prueba. El león lo seguía siempre y de ninguna manera era posible separarlo de su amigo.

Conmovido hasta el llanto, el cazador desistió de su propósito y regresó con el león a su patria.

Adquirió a cierta distancia de Praga una finca y cercó el terreno a fin de que el animal pudiera andar en libertad sin peligro para nadie. Las personas de la casa se acostumbraron poco a poco a no temerlo.

Cuando el amo salía, César, echado junto al portón de entrada, aguardaba su regreso, como el más cariñoso de los perros. Si el amo demoraba más que de costumbre, se levantaba y caminaba inquieto, lo mismo que un centinela.

Al entrar el amo, el león recibía con gran contento sus caricias y le seguía a todas partes. Si él se sentaba, el león se echaba a sus pies y fijaba en él los blancos ojos como si pudiera verlo.

César dormía en invierno al lado de la cama de su amigo y durante el verano en el umbral de la puerta.



Tan singular y conmovedora amistad duró hasta la muerte del noble león, que llegó al fin de su vida antes que el amo. Este lo hizo enterrar en una honda fosa en el mismo terreno y mandó colocar encima de ella un hermoso león de mármol blanco con esta inscripción:

"Aquí está sepultado el ser a quien hice el mayor daño. Me perdonó noblemente y fué el mejor y el más fiel de mis amigos".

**P**ARA que no juzgaran por las apariencias, pues las apariencias engañan y llevan a cometer muchas injusticias, la señorita Lucía les refería el cuento de El Comilón de Pájaros, que es así:

**L**ORENZO y su madre viuda viven en una casita muy modesta.

Pasa una mañana por la acera la señora Rufina, en el momento en que la madre dice:



—Ya te has comido hoy tres pájaros, Lorenzo... ¡Esto no puede continuar así!

La señora Rufina se detiene, clava la vista en el cielo, se muerde un labio y reanuda la marcha hacia el mercado.

A las personas conocidas que encuentra, las detiene para decirles:

—¿Sabe usted lo que ocurre?... ¿Sabe usted que Lorenzo, el chiquillo de la señora Rosa, dejará al pueblo sin un solo pajarito?

Ante las exclamaciones, la indignación y las preguntas que provoca su noticia, agrega:

—¡Y los mata para comérselos!... ¡Yo misma se lo he oído a su propia madre!

En el mercado no se habla de otra cosa.



En los hogares tal revelación es el principal motivo de las conversaciones.

A la señora Rosa nadie la ve, nadie la conoce en aquel pueblo, al que llegó poco después de quedar viuda. La gente supone que no se trata con sus vecinos por orgullo; pero la verdad es que el trabajo y el dolor de haber perdido a su marido son la única causa de su aislamiento.

Al ver ahora a Lorenzo en la calle los transeúntos lo contemplan como a un monstruo.

Los padres prohíben a sus hijos reunirse con aquel muchacho acusado de tan grave falta.

Es voz corriente que al terminar las vacaciones no se le admitirá más en la escuela.

Se organiza una comisión de vecinos para la defensa de los pájaros.

El sargento Gómez, el hombre más viejo de la policía, es el encargado de la delicada misión de comprobar el delito y detener al culpable.

—No se ocupe más que de eso — le recomienda el comisario. — Tráigamelo y que no pueda negarlo.



Pero por más que se esfuerza el sargento Gómez, por más que sigue y espía al acusado, no puede comprobar nada.

Estaba ya cansado de tantas idas y venidas y de tantos plantones, cuando una tarde, al pasar ante la casita, oye una voz de mujer que pregunta:

—¿Cuántos pájaros te has comido hoy?... ¡Di la verdad!

—Dos solamente, mamita.

El sargento Gómez suspira de satisfacción; ello significa el éxito de su pesquisa, y se dirige a paso redoblado hacia la comisaría. Entra derechamente en el despacho del superior y con aire de triunfo dice:

—Señor comisario: ¡comprobado!... Ese muchacho se come los pájaros, y ha de tenerlos en jaula, porque hoy mismo se comió dos, sin salir de la casa.

El comisario se pone de pie y sonríe ante aquel triunfo: está salvado el prestigio de la policía.

—¿Cómo lo comprobó? — pregunta.

—Yo mismo, hace un ratito, oí que se lo confesaba a su propia madre.

El comisario parte de inmediato hacia la casa de Lorenzo.





Es necesario y urgente aplicar un correctivo a semejante bandido.

Al llegar a la puerta sale el mismo Lorenzo a recibirlo.

—A ti vengo a buscarte, ¡por asesino! — exclama. — Dile a tu madre que venga. Soy el comisario.

Viene la señora, y, ahogándose de miedo, pregunta:

—¿Qué pasa con mi Lorencito, señor comisario?

—Está acusado de muy grave falta, y usted no va a negarlo.

—¿Mi hijo, dice usted? ¡Si él es tan bueno!...

—¡Sí, muy bueno, muy bueno!..., ¡y se come los pájaros del pueblo!

—¿Los pájaros?... — exclama la señora. — ¿Quién ha inventado tamaño disparate?... — Y después de un momento estalla en una carcajada. Lorenzo también ríe.

—¿Conque les parece cosa de broma, eh? — dice el comisario muy enojado. — Sepan que no estoy dispuesto a tolerarlo... ¡Su hijo tiene que venir conmigo, ahora mismo, a la comisaría!

La señora, sonriente, le contesta:

—Yo le mostraré a usted los pájaros que come Lorenzo... ¡Pase, señor comisario, pase adelante!

Entran en el comedor y señalando doña Rosa la mesa agrega:

—¿No ve que me gano la vida haciendo estos pajaritos de chocolate que mando a la ciudad, y que no tiene nada de malo que Lorenzo coma algunos?

El señor comisario se pone más colorado que un tomate bien maduro. Entre reverencias y disculpas inicia la retirada, y da contra un ropero, voltea una silla, equivoca la puerta de salida, se quita y pone el sombrero, abre y junta los brazos, y al fin sale a la calle y desaparece lo más ligero que le permiten sus piernas.

¡Mire que haber hecho caso de semejante chisme, y asustar en esa forma a una buena vecina!



Y desde entonces el calumniado Lorenzo fué querido en la escuela y en el pueblo como se merecía.

**P**ARA que sus alumnos comprendieran que hasta los más pequeños seres son un ejemplo de laboriosidad, la buena maestra les relataba el cuento de Perlita la Tejedora, que es así:

**D**EL primoroso capullo en que la araña madre había encerrado sus huevitos salieron cuarenta y cinco arañitas y se quedaron inmóviles en la tela maternal, bañándose en la luz de aquella hermosa y tibia mañana de noviembre.

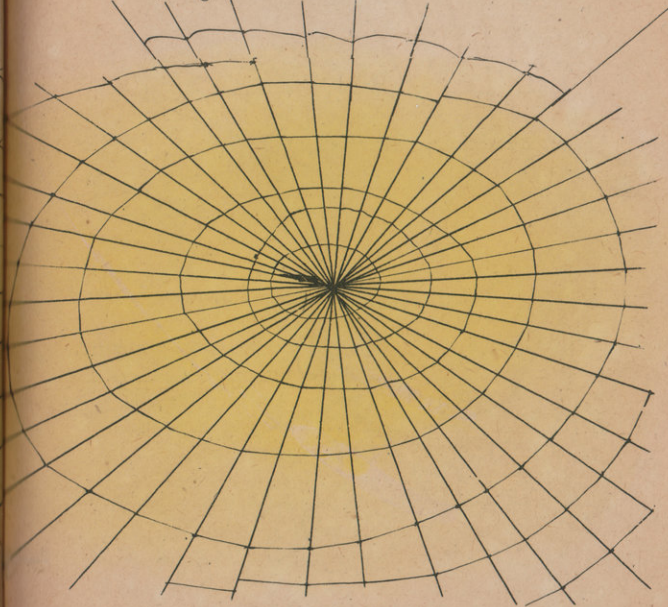


Pero como si supieran que para vivir deberían imitar a la madre y tejer cada una su propia tela se separaron un poco más cada día y finalmente partieron en diferentes direcciones.

Perlita era una de ellas. Subió lo más alto que pudo, oprimió el vientre contra una rama para fijar allí el extremo de un hilo y se lanzó al espacio. Siempre unida a ese hilo que alargaba a voluntad llegó a un rosál, y dando fin a su viaje púsose a buscar el sitio más aparente para tejer su tela y pasar allí su vida.

Al siguiente día comenzó su obra.

Lo primero que hizo fué fijar el hilo del contorno en siete ramitas; luego tendió hilos desde el contorno hasta el centro,

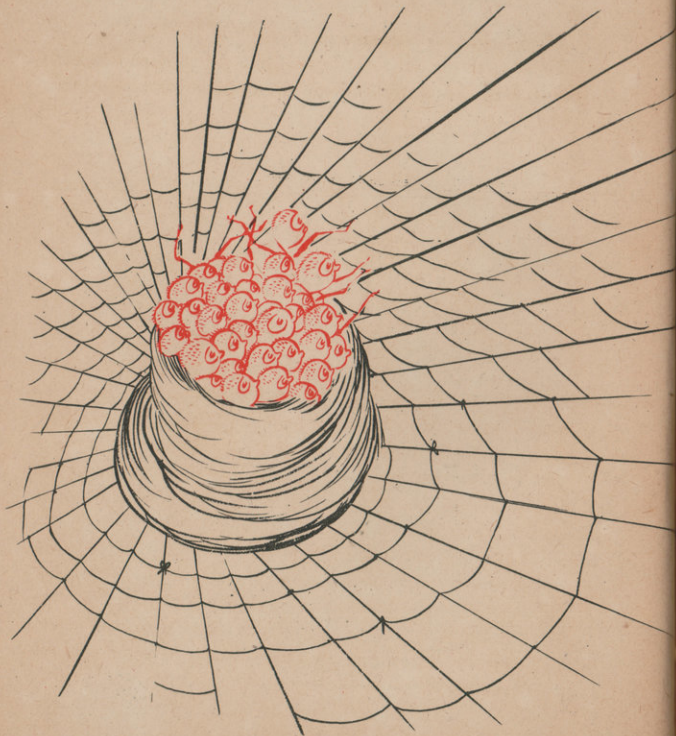




y después soldó a estos hilos unos que formaban circunferencias de diferente tamaño.

Esta labor reclamó tiempo y paciencia y quedó terminada sin una falla. Los hilos estaban todos a igual distancia, como medida con un compas.

Lo que había hecho esta arañita era sencillamente maravilloso.



Transcurrieron algunos días, y Perlita, inmóvil en el centro de la tela, esperaba pacientemente la primera presa. Con sus patitas tocaba varios hilos, y este contacto le servía para saber si alguien rozaba su red, en la cual había hilos secos y viscosos. Estos hilos viscosos eran otra habilidad de Perlita: estaban destinados a que la presa se pegara en ellos, dándole tiempo a acudir y asegurarla.

El hambre comenzaba a mortificarla.

De pronto, algo chocó contra los hilos y se detuvo en ellos. Perlita acudió anhelosa al punto de donde partían las vibraciones: por desgracia, era una hojita seca arrastrada por el viento. La desprendió, arregló los hilos perjudicados y volvió a su sitio de observación.



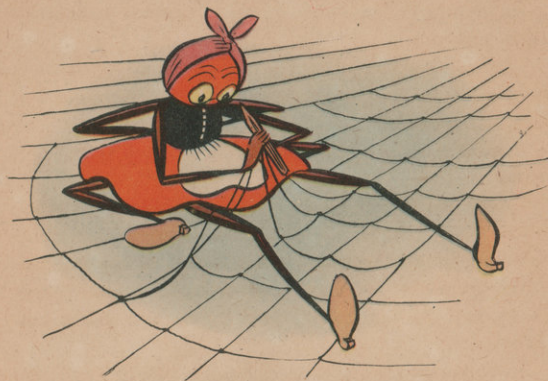
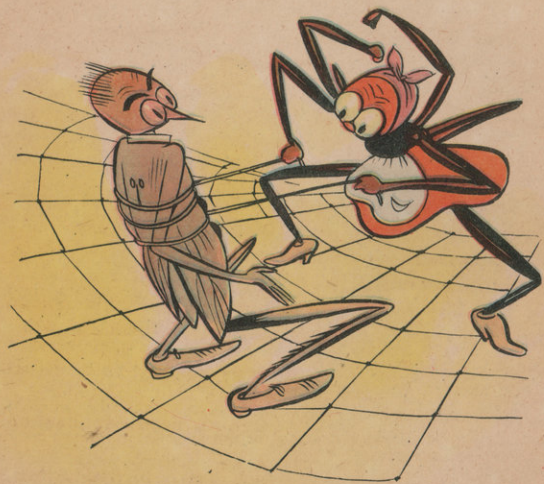


Un rato después, la tela entera se estremecía... Corrió Perlita para conocer la causa y tuvo la alegría de encontrar un apetitoso mosquito que se esforzaba por libertarse.

Sin perder un segundo Perlita le ligó las alas y después las patas. El mosquito zumbaba, pero no podía moverse. En seguida, acercó su boca y lo chupó ávidamente, como quien chupa una naranja. Cuando el mosquito quedó seco del todo y no le servía para nada, lo desprendió de la tela y lo dejó caer al suelo.

Pasaron después las horas, y Perlita esperaba con ansiedad una nueva presa.

Una vez se aproximaron varias mosquitas, pero el sol hacía demasiado visible la tela, y la evitaron.



Al día siguiente, Perlita, cada vez con más hambre, estaba alerta desde que amaneció. Brillaban en su tela como diamantes las gotas de rocío. Mas transcurrió la mañana, también la tarde, y anocheció sin novedad.

Así con creciente hambre y en ansiosa expectativa vivió Perlita gran parte del otro día, hasta que pasó una mosca, rozó la tela y quedó pegada en ella.

Las sacudidas y los zumbidos del insecto impresionaban a Perlita, que se apresuró a ceñirla con sus hilos hasta dejarla inmóvil.

La presa, grande, gorda y succulenta, significaba alimento seguro para unos días.

Se hallaba, pues, muy contenta con la barriguita llena, cuando de pronto oyó el canto de una ratona.



Este pajarito, tan activo y alegre, es feroz y sanguinario como un tigre de Bengala para las arañas.

En cuanto Perlita oyó su canto se asustó y se acurrucó contra una rama.

¡Podían enredarse bichitos en la tela, que Perlita no se movería! ¡Podía romperla completamente el viento, que Perlita no la compondría!

La ratona siguió en sus gorjeos; después pasó volando por encima de ella.

La angustia de Perlita iba en aumento. No podía quedarle la menor duda. Aquel monstruo tenía hambre. ¡Era probable que los hijuelos esperaran en el nido más hambrientos aún!

De repente, se posó en el rosal de Perlita y miró la tela. "Donde hay tela, hay araña", debió decirse, y se puso a buscarla.

Su inspección era tan minuciosa que la vida de Perlita podía contarse por segundos. Aquellos ojuelos escrutaban ramita por ramita, hoja por hoja. ¡Ni un granito de polvo se escaparía de ser visto! Perlita, temblando, sentía aquel horrible pico que se acercaba más y más a cada instante.

Aunque chiquita e inmóvil, fué descubierta, y, apenas descubierta, devorada.

La magnífica tela que ella había tejido primorosamente, aquella obra de arte que el sol convertía en fino encaje de oro y que el rocío cuajaba de diamantes, era ya inútil y quedó abandonada para siempre.

Poco a poco llevóse el viento los hilos.

¡Ya no estaba Perlita para componer los desperfectos y reforzar los puntos débiles!... ¡Ya podían pasar sin peligro las moscas y los mosquitos!

Y de Perlita la Tejedora, Perlita, la hábil y diminuta obrera de aquel jardín, no ha quedado más que esta breve historia de sus días.







**E**STOS cuentos y otros más les refería a sus alumnos aquella ejemplar maestra, que tanto los amaba.

Cuando llegaba la fiesta de fin del curso escolar la escuela se llenaba de flores como un jardín y los niños con su alegría y sus cantos parecían pájaros.

Entonces, sobre la mesa de la maestra estaba un sombrerito. Y los padres se detenían largo rato a contemplarlo.

Este sombrerito dió nombre a la escuela, por lo cual interesa saber su historia.

Y ella es la siguiente:

**S**UCEDIÓ que un día, minutos antes de empezar la clase, llegó una alumna llamada Teresita, la que nunca entraba a hora, y la maestra le dijo:

—¡Qué milagro, Teresita, tan temprano, tú que siempre llegas tarde!

—Es que vine corriendo, señorita — le contestó la alumna.

—¿Corriendo tú? ¿Y por qué?





—Fué una cosa muy rara que me pasó.

—Cuéntala, que todos te escucharemos.

—Venía para la escuela, cuando vi una mariposa tan grande que parecía una palomita. Quise cazarla y no pude. Cansada, me senté contra el tronco de un árbol y de pronto noté que algo me ceñía la cabeza. Levanté las manos y me encontré con este sombrerito.

La clase entera estalló en exclamaciones.

—Es muy sencillo, pero muy bonito — dijo la maestra.

Y continuó Teresita:

—Me lo puse de nuevo. Apenas lo hice, recordé la escuela. Y corrí, corrí tan ligero como nunca, y entré a la hora exacta.

Agregó Teresita que el sombrerito era para la maestra, y lo depositó sobre la mesa.

Todos quedaron sorprendidos y emocionados, y más aún del apresuramiento de aquella remolona que siempre llegaba tarde.

—Bien — dijo la señorita, — déjalo aquí. Parece cosa de Dios, y no seré yo, por cierto, quien pretenda descubrir sus designios... Empecemos la clase.

A mitad de la lección, un alumno acusaba a su vecino de haberle quitado un lápiz.

La maestra le dijo:

—Ponte el sombrerito.

El acusado sacó el lápiz de sus ropas y lo entregó a su dueño pidiéndole disculpas. A esto siguió en la clase un gran silencio.

Poco después, una niña ofendió a otra con una palabra muy grosera. Se colocó el sombrerito, y la culpable se puso de pie en seguida y rogó que se le perdonara por lo que había dicho.

Ya no fué posible continuar la lección, ya no se hablaba más que del sombrerito.







Ya no fué posible continuar la lección, ya no se hablaba más que del sombrerito.

A la hora de salida todos querían llevárselo.

—Se lo llevará Ricardo — dijo la señorita. — Y que duerma con él puesto.

Así ocurrió, y Ricardo, el travieso, fué desde entonces un alumno excelente.

En los días que siguieron continuó el sombrerito siempre en acción con iguales resultados.

Los que llegaban tarde, los que reñían con los compañeros, los que charlaban durante la lección, y muchos otros que incurrian en falta, se corrigieron en seguida.

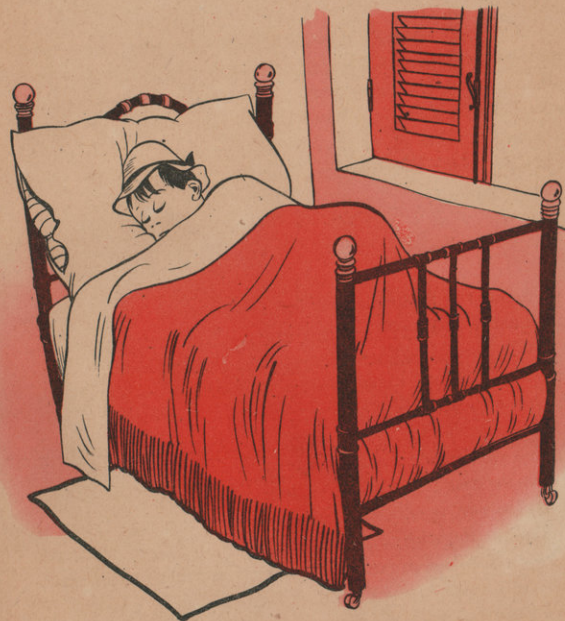
Pero como todos querían ser mejores que antes, acabaron

por llevarse el sombrerito por turno. No solamente eran así más buenos y estudiosos, sino también más felices.

Los padres preguntaban la explicación de aquellos hechos, y la maestra decía:

—La verdad es que todos mis niños quieren ser buenos, y lo son, aunque no lo parezcan algunas veces por distracción o por error. Este sombrerito tiene la virtud de recordarle a cada uno su deber, y cada uno lo cumple para alegría de su corazón.

Y en la humilde escuelita, niños y niñas continuaron siendo





buenos, y más buena todavía la maestra, con su dulzura de santa, digna de la bendición de Dios.

**C**UANDO la señorita Lucía murió, grandes y chicos estuvieron de duelo. Decían que su inteligencia era la luz del sol cuando amanece, sus palabras igual que el agua fresca y cristalina y su corazón tan dulce como un panal de miel.

Todos los días del año hay flores en su tumba, pues la siguen amando después de muerta, como ella amó a sus discípulos.

Y las madres, como el mejor obsequio, les regalan a sus hijos un sombrerito parecido al otro, para que nunca lo olviden ni olviden a la maestra que derramó su amor sobre tantos pobrecitos. Aquellos pobrecitos que iban a la escuela andando unos con los pies desnudos sobre los caminos pedregosos, y otros montados hasta de a dos y de a tres juntos en un burrito o en un caballo muy viejo.

*Constancio C. Vigil*











BIBLIOTECA INFANTIL ATLANTIDA

# CUENTOS DE CONSTANCIO C. VIGIL



1. Misia Pepa
2. Los Chanchín
3. El Mono Relojero
4. Muñequita
5. Los Ratones Campesinos
6. El Sombrerito
7. Tragapatos
8. Botón Tolón
9. La Hormiguita Viajera
10. El Manchado
11. La Dientuda
12. La Familia Conejola



13. La Reina de los Pájaros
14. Chicharrón
15. El Bosque Azul
16. Juan Pirincho
17. Los Enanitos Jardineros
18. Los Escarabajos y la Moneda de Oro
19. Cabeza de Fierro
20. El Imán de Teodorico
21. La Moneda Volvedora
22. El Casamiento de la Comadreja



PRECIO DE CADA VOLUMEN \$ 4,50 m/argentina

"Constancio C. Vigil, el autor a quien el mundo infantil debe tantas satisfacciones y tan lindas páginas de fructífera imaginación, es en América el que más bellamente ha interpretado el alma del niño, el escritor que más ha hecho para mantener el imperio del bien en el Nuevo Mundo. Si un espíritu tan elevado como el de Vigil no es sentido por nuestras generaciones, debemos creer que es porque median factores disolutos". — Manuel García Hernández. "Diario de la Marina", Habana.



LIBRO EDICION ARGENTINA